

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DIVISIÓN SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA
LICENCIATURA EN LENGUA Y LITERATURA HISPÁNICAS



SELECCIÓN DE LECTURAS
ENSAYO ESPAÑOL DEL SIGLO XX

María Andueza (comp.)

México



Marzo, 2002

Para cualquier información y comentarios
sobre esta obra comunicarse a:
E.MAIL suafyl@servidor.unam.mx
Visite nuestra página en internet: <http://www.suafyl.filos.unam.mx>

Selección de lecturas de Ensayo Español del Siglo XX

Primera edición: enero de 1997

D.R.© Universidad Nacional Autónoma de México

Cd. Universitaria, C.P. 04510, México, D. F.

DIVISIÓN SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

7° PISO TORRE DE HUMANIDADES I

ISBN 968-36-6205-6

Impreso y hecho en México

Segunda edición: diciembre de 1997

Tercera edición: septiembre de 2001

Cuarta edición: marzo de 2002

Colaboradores de Cómputo SUAFyL

Dora Luz Díaz Cruz

Mónica Rodríguez García

Mónica Sánchez Hernández

Captura, escaneo, corrección de galeras

y cotejo de originales

Dora Luz Díaz Cruz

Carlo Salinas Reyes

Diseño editorial y formación

Carlo Salinas Reyes

Coordinador General

ÍNDICE

	Pág.
Presentación	5
UNIDAD 1. HACIA UN CONCEPTO DEL ENSAYO ESPAÑOL	
1.1. José Luis Gómez Martínez. <i>Teoría del ensayo</i>	9
1.2. Eduardo Gómez de Baquero, (Andrenio). <i>El ensayo y los ensayistas españoles contemporáneos</i>	13
1.3. José Ortega y Gasset. <i>Meditaciones del Quijote</i>	15
1.4. Eduardo Nicol. <i>Ensayo sobre el ensayo</i>	17
1.5. Arturo Souto. <i>El ensayo</i>	19
1.6. Pedro Laín Entralgo. <i>Prólogo a José Ortega y Gasset</i>	21
1.7. Alfredo Carballo Picazo. <i>El ensayo como género literario. Notas para su estudio en España</i>	23
1.8. Ricardo Gullón. <i>El ensayo como género literario</i>	27
1.9. Juan Marichal. <i>Teoría e historia del ensayo español. (Introducción)</i>	29
UNIDAD 2. GENERACIÓN DEL NOVENTA Y OCHO	
2.1. Angel Ganivet. <i>Ideárium español</i>	35
2.2. Miguel de Unamuno. <i>En torno al casticismo</i>	37
2.2.1. _____. <i>Vida de don Quijote y Sancho</i>	39
2.2.2. _____. <i>Del sentimiento trágico de la vida</i>	43
2.2.3. _____. <i>La agonía del cristianismo</i>	44
2.3. José Martínez Ruiz (Azorín), <i>Castilla</i>	47
2.4. Ramiro de Maeztu. <i>Defensa de la hispanidad</i>	49
2.5. Antonio Machado. <i>Cancionero apócrifo</i>	51
UNIDAD 3. NOVECÉNTIMO	
3.1. José Ortega y Gasset. <i>Meditaciones del Quijote</i>	57
3.2. Eugenio D'Ors. <i>Nuevo glosario</i>	59
3.3. Gregorio Marañón. <i>Vocación y ética y otros ensayos</i>	61
3.4. Ramón Pérez de Ayala. <i>Las máscaras</i>	65

Pág.

3.5. Manuel, Azaña. <i>Ensayos sobre Valera</i>	69
3.6. Salvador de Madariaga. <i>Ingleses, franceses y españoles</i>	73
3.7. Américo Castro. <i>La realidad histórica de España</i>	77

UNIDAD 4. LA GENERACIÓN ESCINDIDA

4.1. Pedro Laín Entralgo. <i>La generación del Noventa y Ocho</i>	81
4.2. José Luis Aranguren. <i>Estudios literarios</i>	87
4.3. José Ferrater Mora. <i>El mundo del escritor</i>	95
4.4. Julián Marías. <i>Cervantes, clave española</i>	99

UNIDAD 5. ENSAYISTAS DEL EXILIO ESPAÑOL

5.1. Pedro Salinas. <i>El defensor</i>	105
5.2. José Bergamín. <i>El disparadero español</i>	109
5.3. José Moreno Villa. <i>Cornucopia de México y Nueva Cornucopia mexicana</i>	113
5.4. Juan Larrea. <i>Del surrealismo a Machupicchu</i>	117
5.5. Eduardo Nicol. <i>La vocación humana</i>	121
5.6. María Zambrano. <i>Pensamiento y poesía en la vida española</i>	131
5.7. Francisco Ayala. <i>El escritor en su siglo</i>	135

UNIDAD 6. ENSAYISTAS DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

6.1. Juan Marichal. <i>Teoría literaria e historia del ensayismo hispánico</i>	143
6.2. Carlos Castilla del Pino. <i>Cuatro ensayos sobre la mujer</i>	149
6.3. Carlos Bousoño. <i>Teoría de la expresión poética</i>	153
6.4. Tomás Segovia. <i>Cuaderno inoportuno</i>	155
6.5. Jaime Gil de Biedma. <i>El pie de la letra</i>	157
6.6. José Ángel Valente. <i>Las palabras de la tribu</i>	161
6.7. Federico Patán. <i>José de la Colina</i>	165
6.8. Fernando Savater. <i>Panfleto contra el todo</i>	173

UNIDAD SEXTA

ENSAYISTAS DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

6. 1. Marichal, Juan. "Pedro Salinas y los valores humanos de la literatura hispánica", en *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, M137adrid, Alianza Editorial, 1989, pp. 201-211, (AU, 383).
6. 2. Castilla del Pino, Carlos. "La alienación de la mujer", en *Cuatro ensayos sobre la mujer*, Madrid, Alianza Editorial, 1971, pp. 11-19, (LB, 340).
6. 3. Bousoño, Carlos. "San Juan de la Cruz, poeta del siglo XX", en *Teoría de la expresión poética*, Madrid, Gredos, 1966, (Estudios y ensayos, 7).
6. 4. Segovia, Tomás. "El suelo del lenguaje", en *Cuaderno inoportuno*. México, Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 13-16.
6. 5. Gil de Biedma, Jaime. "El ejemplo de Luis Cernuda", en *El pie de la letra*, Barcelona, Crítica, 1990.
6. 6. Valente, José Ángel. "Machado y sus apócrifos", en *Las palabras de la tribu*. Barcelona, Tusquets, 1994, (Marginales, 132).
6. 7. Patán, Fernando. "José de la Colina", en *Te lo cuento otra vez*, Alfredo Pavón, editor, Tlaxcala, Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1991, (Serie Destino Arbitrario, no. 3).
6. 8. Savater, Fernando. "Prólogo a la edición en libro de Bolsillo", "Prólogo" en *Panfleto contra el todo*, Madrid, Alianza Editorial, 1978, (LB, 900).

6. 1. TEORÍA E HISTORIA DEL ENSAYISMO HISPÁNICO

Juan Marichal
(1922-)

En su libro sobre la poesía de Rubén Darío mantenía Pedro Salinas, siguiendo corrientes literarias muy representativas de nuestro siglo, que en un gran poeta existía siempre un «tema vital», una «preocupación obsesiva», que daba unidad a sus diversas creaciones. Esa teoría, reveladora además de la propia conciencia unitaria del poeta español, se puede aplicar a sus escritos en prosa, y particularmente a los ensayos dedicados a la literatura de lengua castellana. De la lectura de éstos se desprende visiblemente el afán motivador de la interpretación literaria de Pedro Salinas: el de hacer resaltar los valores humanos de autores y obras de lengua castellana. Por «valores humanos» —expresión que Salinas empleaba frecuentemente en sus cursos universitarios— entendía el ensayista español tanto las visiones singulares del hombre propias de los grandes escritores hispánicos como su pertinencia actual para la vida del lector. «Lo que debemos a Don Quijote» y «Don Quijote en presente» son títulos simbólicos del propósito evaluador y de la orientación actualizadora que informan constantemente la tarea crítica de Salinas. Funciones inseparables que llevan al escritor español, para poder estimar adecuadamente su patrimonio literario y para saber enlazarlo con las necesidades vitales contemporáneas, a trascender los límites de su cultura nacional y a absorber el espíritu de nuestro tiempo. «La literatura de España y de la América de lengua castellana está por descubrir y sólo la descubrirán críticos universalizados», hubiera podido decir Salinas, parafraseando el famoso grito unamunescos.

Descubrimiento para las demás naciones y también para el mundo hispánico: porque el método propuesto y practicado por Salinas beneficiaría, ante todo, a los lectores de lengua castellana al facilitarles la vivencia genérica humana de su herencia literaria. El crítico hispánico tenía que dominar, en sí mismo y en su presentación de obras y autores de lengua castellana, al «monstruoso Narciso» de la pasión nacional, «que sólo se afana en buscar espejos en que adorarse, y echa mano de la literatura, porque todos le parecen pocos». En contraste con la ignorancia de las letras hispánicas, manifiesta en tantos textos escolares y trabajos eruditos de otros países, el crítico de lengua castellana

debía evitar el orgullo nacionalista, sobre todo al intentar la defensa de su literatura. La única acción defensiva eficaz es, según Salinas, la de hacer accesibles las obras maestras de la lengua castellana al público universal. De ahí que Salinas se esforzara apasionadamente en «defender» la literatura hispánica mediante la auténtica divulgación de sus perennes valores humanos —esa operación divulgadora que, como decía acertadamente Matthew Arnold, caracteriza al gran humanista.

El afán divulgador de Salinas estaba además sustentado en su íntima necesidad de compartir con el prójimo su entusiasmo vital y su capacidad de admirar. El poeta español, al hablar de la literatura de España y de la América de lengua castellana, tenía que «segregar esa fuerza de generosidad vital que es la admiración» (como él decía al referirse a fray Luis de Granada). El contacto repetido con las obras literarias no había producido en él ese efecto embotador de la sensibilidad que amenaza a cualquier tarea habitual. Muy al contrario, porque en Salinas la habituación es una fuente de decantaciones esenciales y de depuración trascendente: en él se mantenía vivo el joven impulso cognoscitivo y la avidez primera. La lectura y el comentario docente era, para Salinas, la obligada y fecunda vía de acceso universal a la literatura de lengua castellana, puesto que día a día las obras estudiadas iban entregando sus secretos vitales, en justa retribución a la renovada entrega del poeta. Esta actitud de Salinas ante la literatura no es, claro está, una consecuencia puramente volitiva de su teoría crítica, puesto que en ella se expresaba su temperamento personal, su continuo «pasma» (para emplear un término suyo) ante la «maravilla del mundo». Por eso Salinas habría podido decir que no hay crítica literaria fundada en el «desengaño»: los críticos tristes, como los eruditos cerrados a los aires de fuera, no pueden nunca apresar la significación universal, el sentido vital, de una creación humana. Pero, al mismo tiempo, Salinas predicaba el ejercicio intelectual de la castellana «voluntad placentera», en el crítico de la literatura como en cualquier persona: el goce de la plenitud de la vida está también en nuestras manos, es integrante necesario de toda completa educación de hombre. Y, volviendo a la función imprescindible de la costumbre, Salinas apun-

taba al crítico literario y, más aún, al profesor de literatura su deber pedagógico: acostumbrar a admirar, a gozar realizando siempre lo más universal de una obra literaria.

Porque, en efecto, para Salinas la explicación admirativa ha de elevarse siempre, para serlo realmente, al más alto nivel, a la cima del espíritu humano: la lectura de un texto literario debe situarse siempre en «la línea de elevación del alto trascendente». Trascendencia de la obra literaria hispánica que, en este caso, equivale también a acceso, a comunicabilidad.

«Y la literatura, si ha de ser algo grande, tiene que ser... un trabajo de integración», escribía Unamuno en una carta a principios del siglo. En la misma epístola justificaba su concepto de la literatura al declarar que ésta «no es una especialidad», respaldándose en el concepto de Goethe, «atento a todo, abierto a todas las grandes corrientes del pensamiento humano». Aunque estas palabras de Unamuno pertenecían al documento privado mencionado —y no podían por lo tanto ser conocidas del joven Salinas—, condensaban las innovadoras ideas literarias de sus numerosos ensayos y marcaban la transformación contemporánea de la literatura española. La crítica literaria de Unamuno, ejercida además en la prensa diaria, era un consistente ejercicio de proyección actual y análisis universalizador. Ahí, encontraba, pues, el joven escritor madrileño la nueva norma de accesibilidad, que él buscaba, para la interpretación de las letras de lengua castellana. En otro escritor de la generación de 98, en Azorín, había también una manifiesta voluntad de transmisión de la literatura hispánica, visible en su serena prosa mediadora y sobre todo en su identificación emocional (el «sinfonismo» de que hablaba Ortega en su ensayo sobre *Un Pueblecito*) con los autores pretéritos: las *puissances de sympathie*, que caracterizan al crítico creador, según Albert Thibaudet, se daban plenamente en Azorín, aplicadas por él a la casi totalidad de los autores españoles de valor universal.

¿No sentía acaso Azorín, como Vladimir Korolenko (1853-1921), que su auténtica patria era, más que su país, su literatura nacional? En Salinas se daba igualmente esta conciencia patrimonial de la literatura, este sentimiento de arraigo espiritual en un solar literario, en un *más allá* de la lengua castellana. Conciencia y sentimiento que no se oponían a su afán universalizador, sino que lo reforzaban: los valores humanos de la literatura de lengua castellana quedaban así desvinculados de orgullo nacionalista y del localismo histórico. Salinas iba además a incorporarse al conjunto de discípulos de don Ramón Menéndez Pidal —el gran universitario de la generación del 98— que

aspiraban a estudiar la literatura española con métodos modernos, con técnica especializada, y a difundir su conocimiento mediante trabajos y publicaciones de carácter científico. La historia literaria era, para ellos, una «especialidad», sin duda alguna, mas Salinas sabía que el adoptar una disciplina rigurosa de fidelidad textual y de exactitud histórica no estaba necesariamente en contradicción con el impulso ampliador y vitalizador de Unamuno, ni con la viva evocación de la sensibilidad azorinesca. Las ventajas de las nuevas técnicas de interpretación, para la difusión universal de la literatura de lengua castellana, se evidenciaban en el nuevo interés de los universitarios transpirenaicos por las obras hispánicas. Para Salinas el camino de la crítica literaria estaba, por lo tanto, lógicamente ligado a la docencia universitaria, puesto que sólo en esa vía y en ese terreno podía llegarse a una organización, con sentido y alcance universal, de la literatura hispánica. Sin embargo, gracias a su amistad con jóvenes poetas y con críticos como Ricardo Baeza (1890-1956) —en cuya tertulia, «en una pensión de la casa árabe de la calle de Campomanes», según recuerda Gómez de la Serna, conoció Pedro Salinas a muchos literatos de su generación—, o Enrique Díez Canedo (1879-1944), Salinas adquirió una experiencia indispensable para la interpretación de la literatura: la vivencia espontánea de las obras literarias del día, o del pasado, la manifestación apasionada y autónoma del gusto personal, e incluso las preferencias arbitrarias de los últimos esnobs. Es verdad que Salinas aspiraba entonces —como lo muestran sus versos de 1911 en la revista de Gómez de la Serna, *Prometeo*— a ser exclusivamente poeta, pero conviene tener presente esta fase de su formación intelectual y de su aprendizaje literario. La rehabilitación de la crítica literaria, que pedía Salinas en sus conferencias antillanas del año 1948, sólo podía realizarse en el ámbito de la Universidad, mediante la lectura de los clásicos: para el poeta español eran, pues, vanas todas las lamentaciones hispánicas sobre la ausencia o la superficialidad de la crítica literaria, e inútiles los esfuerzos de hacerla surgir por medio de revistas más o menos agresivas. Sólo hay una solución al problema, muy clara y asequible: la renovación y el afianzamiento de la enseñanza universitaria de la literatura. Por eso Salinas aspiró siempre a elaborar un nuevo tipo de crítica que combinara la precisión informativa y el rigor universitario de Menéndez Pidal y de su escuela filológica con la proyección trascendente de Unamuno y con la sensibilidad recreadora de Azorín. Al mismo tiempo la frecuentación de grupos de escritores como el de Baeza, o el de Díez Canedo, y más tarde el de Juan Ramón Jiménez, contrapesó en Salinas la tendencia natural de los universitarios a enfo-

car retrospectivamente la literatura, y le ayudó a mantenerse en la actitud normal de escritor creador: la de juzgar las obras pretéritas, por clásicas que sean, en función de sus propias intenciones creadoras y de las necesidades espirituales del hombre actual. Debe recordarse, por otra parte, que en la España de siglo xx —por lo menos entre 1900 y 1936— se ha dado una originalísima síntesis de pensamiento universitario y literatura viva. De ahí que grandes maestros como Menéndez Pidal y Américo Castro acogieran siempre cordialmente a los nuevos escritores y a las nuevas tendencias literarias. Precisamente la carrera universitaria de Pedro Salinas se inició en 1914, al ser enviado como lector de español a la Sorbona parisiense por los maestros citados, que dirigieron «el movimiento de expansión de la cultura española en el extranjero» (según lo calificaba Ángel del Río). La estancia en París entre 1914 a 1917 reafirmó en Salinas su afinidad por la crítica literaria francesa y acentuó su voluntad de encontrar formas y métodos de accesibilidad para la literatura de lengua castellana. Francia ofrecía al joven escritor el ejemplo permanente de su capacidad de transmisión y de selección de los valores humanos de sus grandes obras literarias, y Salinas no dejaría ya nunca de tener siempre presente como un modelo expositivo y como un ideal de difusión esas virtudes —que a veces se tornan pecados de estrecho nacionalismo— de la cultura hermana. Quizá se pueda imaginar al joven Salinas diciéndose a sí mismo: « ¡Hay que rescatar al hombre de entre las manos monopolizadoras de los franceses! » Pero Salinas no ocultaba su sincero entusiasmo por la literatura francesa, ni sentía que este simbólico «afrancesamiento» podía menoscabar su inescapable condición de español. Como Ortega y Gasset pensaba probablemente Salinas que el único medio de evitar los efectos seculares del complejo español de inferioridad respecto a Francia era gozar plenamente de la literatura francesa. Es más, Salinas, es contraste con la progresiva germanización estilística de muchos intelectuales españoles (pero no de Ortega), no fue atraído por Alemania, aunque respetó y utilizó las grandes obras de su filología y de su historiografía literaria. En Francia, Salinas encontró además a un grupo de jóvenes hispanistas que eran también escritores incipientes —en particular Jean Cassou y Mathilde Pomès—, y que por su pertenencia a un mundo propiamente literario le permitieron equilibrar el posible peso en su formación crítica de los maestros universitarios franceses, cerrados entonces exclusivamente a lo contemporáneo. Al mismo tiempo Salinas trabajaba en su tesis doctoral sobre los ilustradores del Quijote —inspirada quizá por el profesor de Madrid, Andrés Ovejero—, reveladora de su gusto por las artes plásticas. Su afición a la pintura

respondía sobre todo a su espontáneo deseo de ampliar y de enriquecer su capacidad receptiva de cultura y experiencia vital. «El hombre se aproxima más a su totalidad», según decía en el estudio dedicado a Darío, cuando logra *travivirse* en las creaciones del arte y de la literatura. Por eso Salinas concebía la crítica literaria como una operación multiplicadora de nuestras vidas, que el escritor comentador sólo puede realizar si posee él mismo una sensibilidad resonadora. No se trata, por lo tanto, de combinar métodos instrumentales de orden diverso, sino más bien de vivir unitaria y totalmente la obra estudiada. *Il faut s'assimiler une oeuvre pour la bien exprimer*: el principio de interpretación predicado por Baudelaire es también el de Salinas, que busca siempre al hombre «entero» en la creación literaria.

Después de doctorarse en 1916 con la tesis citada, Salinas permaneció aún un año en París, preparándose para las oposiciones a una cátedra de literatura española. En 1918, al ganar las oposiciones, optó por la Universidad de Sevilla, donde profesó activamente durante ocho años. Así recordaba, en 1929, un gran poeta español, alumno universitario de Pedro Salinas, los efectos de la estancia del joven crítico en la capital andaluza: «En el año 1918 marcha Salinas a Sevilla. Con el van una inteligencia y una sensibilidad universales en la época actual, realizándose en un espíritu de la más pura estirpe castellana. Se diría Boscán llegando entonces con aquel itálico modo, pero un Boscán que fuese un Garcilaso, con toda su aristocracia de cultura, gracia y pensamiento. Y su estancia en Sevilla es decisiva para la juventud sevillana que entonces comienza» (Luis Cernuda, *Revista de Occidente*, XXV). En sus años sevillanos Salinas escribe su primer libro de poemas, *Presagios* (1923), y publica sus primeros trabajos de interpretación literaria: un artículo en torno a Feijoo (1924), con motivo de la edición de su amigo A. Millares Carlo, y un prólogo a su propia edición de Meléndez Valdés (1925). Un año más tarde en 1926, aparece también su versión en «romance vulgar y lenguaje moderno» del *Poema del Mío Cid*. En el breve prólogo, Salinas explica su propósito: el poema cidiano tiene, por encima de todos sus valores filológicos e históricos, «un valor literario sustantivo y permanente». Pero el lector corriente encuentra difícil la lectura del poema, a pesar de las magníficas ediciones de Menéndez Pidal, a quien dedica Salinas su versión moderna. Y por eso se atreve el poeta «a ofrecer ahora esta versión popular en español moderno y en metro romance, con el propósito de acercar esta hermosa obra poética, noble, tranquila y sonriente a un crecido número de lectores». Sabe que el poema pierde así su autenticidad original, mas piensa «en lo que puede ir ganando, en la dilatación enorme de su campo de acción, de su

posibilidad de ser leído, en la conquista, que acaso ahora pueda realizarse, de gustos y sensibilidades antes inaccesibles». Finalmente considera que su tarea habrá sido útil con tal que la «virtud humana y poética de la obra» pueda llegar a ganar para el poema «un solo corazón más». Aquí tenemos el móvil permanente de la actividad universitaria de Salinas y de sus trabajos de historia y de crítica literaria: ganar corazones para la literatura española. Buscar los medios, los caminos de acceso a las obras para los lectores corrientes, para los «puros» lectores. Es también significativo en ese aspecto su interés por los dos autores del siglo XVIII mencionados: Feijoo y Meléndez Valdés. Para Salinas, aquel siglo español presentaba precisamente el gran ejemplo del esfuerzo mediador, del cultivo metódico de la accesibilidad. Con aquellos escritores se siente en simpatía —a semejanza de Azorín y de los intelectuales reformadores del siglo xx—, pero, al mismo tiempo, marca la diferencia, la distancia que le separa de ellos: «el paralelismo de Feijoo con hoy es más bien paralelismo de actitud y de propósito». Le faltó «el sello de señorío que ponen al lenguaje los grandes escritores»; es la suya una forma útil de expresión, «pero poco alegre de su artístico ejercicio». De Meléndez Valdés dice, en la conclusión de su estudio: «...se nos presenta como un reformador de la poesía, movido por la idea de una misión que cumplir, antes que por la áspera y solitaria obediencia a la propia musa interna». Estos dos juicios valorativos muestran cómo en Salinas la historia literaria es también un ejercicio de crítica estética, de estimativa jerárquica. Sin embargo, Salinas insistía repetidamente en la necesidad de presentar el cuadro completo, con grandes y menores obras, de una literatura. Como ejemplo ilustrativo de esta actitud mencionemos la indignación de Salinas cuando dos jóvenes hispanistas —encargados de redactar para una enciclopedia unos cien artículos sobre autores hispánicos— le pidieron su parecer respecto a la lista provisional: «¡Se han olvidado ustedes de Campoamor!» Y es que para Salinas el primer deber del historiador de las letras hispánicas ha de ser fidelidad a su totalidad, a su historia entera. ¿Cómo puede esta actitud concordar, podría preguntarse, con su afán por trascender las fronteras de la cultura de lengua castellana? Recordemos que en *Literatura española siglo XX* Salinas comenta burlescamente algún notable verso, por su carencia de poesía, del buen don Ramón; pero en sus cursos universitarios Salinas indicaba como *hasta en Campoamor* se perciben las corrientes universales de una época, de su mundo histórico: por ejemplo, el acercamiento de prosa y poesía. Es decir, que para Salinas la función del profesor universitario, del crítico literario universitario, es, a la vez, la de recoger una herencia y la de

depurarla, la de establecer los orígenes de un movimiento literario y la de juzgarlo en vistas al futuro, en el plano universal de su «valor sustantivo y permanente».

Como en los países de lengua castellana es tan necesaria la conciencia de una continuidad histórica, Salinas da importancia esencial a la transmisión global de nuestras literaturas. Hablando del lenguaje ante los catedráticos y estudiantes de la Universidad de Puerto Rico, decía Salinas en 1944: «Deber de todo grupo histórico, de toda generación es la transmisión enriquecida de su herencia.» Esta «santa misión transmisora» expresa su voluntad de universalización, su constante esfuerzo por tender puentes hacia el pasado y el presente de la literatura de lengua castellana.

La preocupación permanente de Salinas por fomentar la accesibilidad de la literatura de lengua castellana se revela asimismo en actividades y proyectos de un nuevo género de extensión universitaria. En primer lugar, su plan de edición triple de los clásicos de España, que contó primero con el aliento y el amparo de Menéndez Pidal, y que fue hecho ley más tarde (1936) por el gobierno español, gracias a las gestiones de Américo Castro. La guerra impidió que se llevara a cabo la gran empresa de publicación de los autores españoles, en tres clases de ediciones: la primera destinada sobre todo a los especialistas, es de carácter crítico, con gran aparato de notas y variantes, mientras la segunda y la tercera, conservando el mismo texto, se dirigen al estudiante y al lector general. Años más tarde, hacia 1939, Salinas pedía a algunos escritores y eruditos españoles —residentes fuera de España— que combinaran sus esfuerzos para hacer una edición manejable y asequible del *Quijote*: la casa editorial «Séneca» de México, dirigida por José Bergamín, acogió el proyecto de Salinas, pero no lo realizó completamente. Antes de 1936, Salinas pudo, sin embargo, realizar otro de sus proyectos: el de publicar una revista informativa, para los hispanistas transpirenaicos y ultramarinos, que recogiera las novedades de la literatura actual. *Índice literario*, publicado entre 1932 y 1936, fue así un órgano de enlace universitario y en los trabajos de crítica de Salinas aparecidos allí (coleccionados muchos en *Literatura española siglo XX*) se manifestó visiblemente su propósito de facilitar el acceso de las nuevas obras, dejando de lado otros aspectos: de ahí que Salinas declarara que sólo los consideraba como trabajos iniciales e impersonales, dado además que la revista era publicada por el Centro de Estudios Históricos madrileño. Y efectivamente, en el estilo mismo de esos trabajos se observa la voluntad de Salinas por expresarse en forma que podría denominarse «neoclásica», ya que tiende sobre todo a la comunicación

precisa de las características más generales y más «objetivas» de las obras literarias examinadas. Por otra parte, aun después de 1936 — cuando el estilo de Salinas en la crítica literaria adquiere un nuevo carácter— persisten en sus ensayos las mismas normas de expresión asequible, de orientación difusiva.

Antes de 1936 Salinas concebía, pues, su función crítica como una *critique de soutien*, para emplear el término de Thibaudet, recordado acertadamente a propósito del poeta español por su amigo y compañero Guillermo de Torre. Sus ensayos se refieren casi todos «a amigos queridos, a compañeros de obra», según declaraba Salinas en el prefacio a *Literatura española siglo XX*. Misión de apoyo a la literatura coetánea, que Salinas consideraba también suya después de 1936, como se puede ver en las ediciones al libro citado. Mas, al salir de España en 1936, Salinas se alejaba geográficamente del mundo literario de lengua castellana, y extendía su *critique de soutien* al conjunto de la literatura hispánica. Por otra parte, entre 1936 y 1951, o sea entre los cuarenta y cinco y los sesenta años de Pedro Salinas, su generación literaria española está en el *poder* (empleando la terminología de Ortega), y no necesita ya la tarea de iluminación y difusión defensiva de los años anteriores. En esos quince años de residencia fuera de España — aunque no siempre fuera del «solar de la lengua»— Salinas siente más y más su compañerismo «de obra» con todos los grandes escritores españoles y latino americanos: a ellos dedica sus esfuerzos críticos, su trabajo de interpretación. Indudablemente, la gran obra crítica de Salinas se elabora en esos quince años (1936-1951), cuando el poeta se concentra en su trabajo personal y en sus cursos universitarios. Como en el caso de otras figuras españolas, el aislamiento del destierro y el abandono forzoso de sus actividades diversas — las administrativas del Centro de Estudios Históricos, donde era director de la sección de literatura contemporánea, y de la Universidad Internacional de Santander, en la cual desempeñaba el puesto de secretario general— le llevan a crear su propia obra, a madurar serenamente sus ideas críticas y sus métodos de interpretación. A esos años corresponden las dos grandes obras de Salinas, en el campo de la crítica literaria: sus estudios de Jorge Manrique y de Rubén Darío. Con ellos Salinas se sitúa en el primer plano, en el alto nivel de la gran crítica literaria de todos los tiempos. Aunque ha de tenerse muy presente que la obra crítica de Salinas no está sola en esos años: el magistral libro sobre Neruda de Amado Alonso, los nuevos trabajos de Dámaso Alonso, los estudios de María Rosa Lida, las grandes obras de Alfonso Reyes, la magna creación historiográfica de Américo Castro, testimonian todos que en nues-

tra época, en esos quince años y en los siguientes, la crítica y la historiografía literarias de lengua castellana han dado sus mejores frutos, la más rica cosecha de toda su historia. No ha de considerarse ahora el sistema conceptual de Salinas en los dos libros mencionados, ya que merece por sí solo una detenida exposición, intentada en cierta medida por el hispanista alemán Horst Baader en su tesis doctoral sobre Salinas. Entre otros aspectos, habría que considerar la elaboración del pensamiento crítico de Salinas y de su estilo en relación con su contacto con la crítica de lengua inglesa: desde 1936 — año de su traslado a los Estados Unidos de Norteamérica—, Salinas se interesa por la nueva crítica norteamericana e inglesa, aunque disiente de lo que él llamaba la «técnica ingenieril» aplicada a la literatura. No se siente inclinado a compartir totalmente la progresiva afición de algunos críticos norteamericanos a las nuevas sociologías, pero le interesa sumamente la aplicación del psicoanálisis a la literatura, realizada por Charles Baudoin y Gaston Bachelard. Salinas aprecia, sobre todo, los esfuerzos de síntesis totalista de particularmente favorable para la creación de sus obras de interpretación de la poesía. Su estancia en los Estados Unidos fue así particularmente favorable para la creación de sus obras de interpretación literaria. El contacto con los estudiantes norteamericanos resultaba para Salinas un perenne *challenge*, en el sentido de Toynbee, para presentar los aspectos más universales y el sentido humano general de las obras literarias hispánicas. En Wellesley College (1936-1940), en la Universidad de Johns Hopkins (1940-1951), en Bryn Mawr College, en la Escuela Española de Verano de Middlebury College (donde profesó unos diez veranos), Salinas trató siempre de despertar en el estudiante, en el lector norteamericano, el sentimiento de la universalidad, de la pertinencia vital de la gran literatura hispánica. Hay que decirlo, aunque la designación no le hubiera gustado: Salinas era uno de los máximos *pedagogos* de la enseñanza universitaria de la literatura en nuestro siglo. En Middlebury, por ejemplo, se observaba la gran capacidad de organización y de *presentación* de un curso de literatura que tenía Salinas: para los grupos más heterogéneos — constituidos a veces por unas doscientas personas, entre las cuales había muy novicios hispanistas y escritores o profesores destacados de España y de América— Salinas daba clases en que todo era pertinente para todos. Porque Salinas apuntaba siempre su atención y la de sus oyentes a lo esencial, lo sustantivo y permanente: a los valores humanos de la literatura española. Al concluir esta breve referencia a la actividad universitaria de Salinas en su destierro ha de señalarse particularmente su estancia en Puerto Rico, donde el poeta encontró de nuevo un

ambiente hispánico: en los tres años (1943-1946) de su trabajo en la Universidad de Puerto Rico, Salinas escribió los dos libros citados, aparte de obras poéticas y de piezas de teatro. Fueron los años más fecundos y más felices de su residencia en tierras de América.

Si la función principal de la crítica literaria, en cualquier lengua, consiste en hacer sobrepasar al lector sus limitaciones particulares (de clase social o de nación o de actividad profesional) en la apreciación de una obra, puede afirmarse que Pedro Salinas cumplió ejemplarmente la misión del crítico. Porque, finalmente, Salinas aspiraba a hacer patentes los valores humanos de la literatura española por afán de integración universal: las grandes obras hispánicas podían contribuir al nacimiento de una auténtica comunidad humana del espíritu.

MARICHAL, Juan. "Pedro Salinas y los valores humanos de la literatura hispánica", en *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Madrid, Alianza Editorial, 1989, pp. 201-211, (AO, 383).